

mugeres que esto no es una ponderacion, sino una verdad innegable; saben que abunda esta clase de hombres habladores, á quienes distinguen con el vulgar adjetivo de *alabanciosos*.

Ellos hacen mal, ¿quién lo duda? Pero si las señoritas se vistieran con ménos profanidad, ellos no se atreverian tan fácilmente á difamarlas, pues es cierto que la muger honesta casi siempre enfrena la lengua y el arrojito del hombre libertino.

Conque cuando el temor de Dios y el amor del prójimo no estimularan á cualquiera muger á presentarse con modestia en el público, su amor propio la debia persuadir á ello, considerando que los hombres de que hablamos, por el traje inferen la conducta de la muger, y sin mas datos despedazan su honor alegremente.

„Nada se debe temer tanto en las mugeres como la vanidad, dice un autor muy respetable. (*) Los caminos que conducen á los hombres á la gloria (**) y au-

(*) El señor Fenelon en su educacion de las hijas.

(**) A la gloria mundana que consiste en el poder, autoridad ó fama. Esta advertencia es inútil para los sensatos; pero como los libros andan en manos de todos, no queremos que algun ignorante crea que á las

toridad les estan cerrados, y así aspiran á distinguirse por las gracias del cuerpo y ciertas exterioridades del espíritu. De aquí nace aquella conversacion dulce y atractiva, aquel grande aprecio de hermosura y gracias exteriores, y la demasiada aficion á los vestidos y demas adornos del cuerpo. Una peineta, un lazo, un túnico, (*) la eleccion de un color, un rizo un poco mas alto ó mas bajo, son para ellas negocios importantes.”

„Este exceso va tomando cada dia mas fuerza: el amor mudable de las mugeres, la aficion á los vestidos, la pasion á las modas, juntas con el amor á la novedad, tienen para con ellas tanto poder, que llegan á trastornar las clases y á corromper las costumbres. Desde que se vive sin regla en trages y muebles, se vive tambien casi sin distincion de personas. . . .”

„Este fausto arruina las familias, y á la ruina de las familias se sigue la corrupcion de las costumbres. . . . Esta es la cau-

mugeres les estan cerrados los caminos que conducen á la gloria ó bienaventuranza eterna.

(*) He substituido esta voz á la de bata que dice el autor, porque sin alterar el sentido, realza la persuasion, por ser el túnico traje del dia.

sa de extinguirse incesantemente el honor, la fe, la probidad y el amor natural, hasta entre los parientes mas cercanos.”

„Todos estos males provienen de la autoridad que las mugeres se han tomado, ó que algunos hombres lisonjeros les han dado de decidir sobre las modas.”

„Procúrese, pues, dar á entender á las mugeres desde niñas, cuánta mas apreciable es la distincion que se logra por el camino de una buena conducta, que la que se consigue por un buen peinado, un buen vestido, ó cualquiera otro adorno del cuerpo....”

„Yo bien sé que, segun las costumbres de nuestro siglo, seria una ridiculez el persuadir á las mugeres jóvenes que vistiesen el trage de la antigüedad; pero podrán, sin alguna singularidad, tomar el gusto de la simplicidad de vestido siempre noble, agradable y conforme á las costumbres cristianas. De este modo, conformándose en el exterior con los usos de nuestros tiempos, sabrian á lo ménos juzgar con justicia de su ridiculez: ellas se sujetarian á la moda; pero la mirarian como una esclavitud, y solo la seguirian en lo que no pudieran evitar....”

„Sobre todo, es necesario tener un grande horror á la desnudez de pechos, y á todas las demas indecencias del cuerpo. Aun cuando se cometan estas faltas sin alguna intencion ó pasion desordenada, no deja de ser una vanidad culpable y perjudicial, causada de un excesivo deseo de agradar. Esta vanidad, culpable ante Dios y los hombres, es prueba de una conducta escandalosa y contagiosa al prójimo. Este ciego deseo de agradar, de ningun modo conviene á una alma cristiana que debe mirar como una especie de idolatría todo lo que la aleja del amor á su Criador, y del desprecio de las criaturas. ¿Qué se pretende cuando se quiere agradar por estos caminos? ¿No es el excitar las pasiones de los hombres? ¿No pasan demasiado adelante, por poco que se les alumbre? ¿Acaso está en poder de las mugeres el refrenarlos, cuando pasan mas allá de lo justo? ¿A quién, pues, se deben imputar los excesos? Prepara la muger con su indecencia un veneno sutil, y lo vierte sobre los que la miran; ¿cómo se podrá juzgar inocente?”

Hasta aquí este sabio moralista; pero concluyamos esta conversacion que aca-

so ya fastidiará por lo larga, aunque ha sido demasiado interesante. ¡Ojalá y en todas partes se reflexionara con atención sobre estas verdades, tal vez algunas familias se librarian del deshonor y la miseria.

Finalizó su discurso el coronel, y después de haber hablado cada uno de los concurrentes un poco sobre lo que quiso, se desbarató la asamblea.

CAPITULO III.

En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos, y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado.

Así como no basta que la semilla sea buena para que fructifique si no se siembra en buena tierra, así tampoco aprovechan las mejores máximas morales, si no se reciben en un corazón bien dispuesto. Fácil es concebir que Matilde no solo gustó de la conversacion anterior, sino que se aprovechó de toda ella, como que era naturalmente modesta y enemiga de singularizarse.

No así Eufrosina y sus amigas, que habían estado en un brete durante la plática

de aquellos dos buenos señores, el coronel y el cura.

Inmediatamente que se desbarató la concurrencia y se quedaron solas, comenzaron á murmurar á rienda suelta de los piosos consejeros, sin contenerlas mi presencia; ya se vé que Eufrosina me tenia por un bobon de mas de marca, y á mas de esto le debia yo el buen concepto de que no era chismoso ni enredador; y en esto á la verdad, no se engañaba.

Con esta confianza decia Eufrosina á sus amigas: ¿Qué les parece, niñas? ¿cuándo pensaban venir á mi casa á enojarse ni á convertirse? El pánfilo del Nariguetas nos ha puesto de vuelta y media con sus burlas, y para rematar el cuento el cura y mi cuñado nos han echado tres sermones de lo mejor. Vaya, que han quedado ustedes frescas y convidadas para no volver á semejantes visitas. Yo la verdad estoy demasiado corrida, pero discúlpenme, amigas, que ya ven que no he tenido parte en esto.

No te apures, niña, decia la chatilla de quien se habló en el capítulo primero del primer tomo de esta obrita, no te apures: ¿qué culpa tienes tú de que el maldito Na-